

Impactos ambientales de la guerra

Pekka Haavisto

Publicado en: RENNER, Michael; FRENCH, Hilary; ASSADOURIAN, Erik (dir.). *La Situación del Mundo 2005: Redefiniendo la seguridad mundial. Informe anual del Worldwatch Institute sobre el progreso hacia una sociedad sostenible*, Barcelona: Icaria; Centro de Investigación para la Paz, 2005, pp. 275-278.

El Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial) es un espacio de reflexión que analiza los retos de la sostenibilidad, la cohesión social, la calidad de la democracia y la paz en la sociedad actual, desde una perspectiva crítica y transdisciplinar.

Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial)
C/ Duque de Sesto 40, 28009 Madrid
Tel.: 91 576 32 99 – Fax: 91 577 47 26 – cip@fuhem.es – www.cip.fuhem.es

VÍNCULO CON LA SEGURIDAD

Impactos ambientales de la guerra

Los conflictos militares conllevan siempre sufrimiento humano; también provocan amenazas a la seguridad a largo plazo, como el deterioro del medio ambiente y nuevos riesgos para la salud humana. Durante los últimos siete años, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) ha estado trabajando en zonas del mundo donde los conflictos han dañado el entorno natural y humano. En 1999, cuando las ruinas de las instalaciones industriales de Kosovo, Serbia y Montenegro todavía humeaban, los equipos del PNUMA realizaron la primera «evaluación ambiental posconflicto».¹

El trabajo llevado a cabo en los Balcanes concluyó que existían varios puntos calientes ambientales que requerían medidas inmediatas de descontaminación para evitar mayores daños a la salud humana, como las refinerías de petróleo de Pancevo y Novi Sad y las instalaciones industriales de Kragujevac y Bor, que habían constituido objetivos militares. También el río Danubio corría peligro debido a los vertidos de más de 60 productos químicos, incluido mercurio, de Pancevo. Esta información indujo a la comunidad internacional a incluir medidas de descontaminación ambiental por vez primera en la ayuda humanitaria posguerra.²

Después de los Balcanes, este nuevo sistema de evaluación ambiental ha sido puesto en práctica en Liberia, en los Territorios Palestinos Ocupados, en Afganistán, y recientemente en Iraq. Cada caso es único, dada la naturaleza distinta de los conflictos, de la sociedad y de los ecosistemas afectados.

En Afganistán, dos décadas de guerras han deteriorado el medio ambiente hasta el extremo de que ahora supone un importante obstáculo para los esfuerzos de reconstrucción del país. El conflicto ha hecho peligrar anteriores estrategias de gestión y conservación, ha supuesto el colapso de la gobernanza local y nacional, ha destruido las infraestructuras, ha entorpecido la actividad agrícola y ha provocado el éxodo de la población a unas ciudades que carecen de los más elementales servicios públicos.³

Más del 80% de la población de Afganistán vive en zonas rurales, donde en tan sólo una generación han perdido muchos de sus recursos básicos —agua para riego, arbolado para combustible y alimentos. Puede que en las



Artefactos sin explotar, Bosnia.
Foto cedida por UNEP.

zonas urbanas el agua potable —la necesidad más básica para el bienestar humano— no llegue más que a un 12% de la población. Unos vertederos de residuos sólidos mal gestionados han contaminado las aguas subterráneas y extendido la contaminación atmosférica, y las talas ilegales han provocado una pérdida generalizada de la cobertura vegetal.⁴

La situación en Iraq no es muy diferente. La evaluación realizada por el PNUMA en esta región concluía que el conflicto de 2003 y el saqueo una vez terminada la guerra han empeorado el deterioro ambiental crónico provocado por la guerra entre Irán e Iraq en los años ochenta, la Guerra del Golfo en 1991, la mala gestión ambiental del anterior régimen iraquí, y las repercusiones imprevistas de las sanciones internacionales.⁵

El cúmulo de daños sufridos por la infraestructura ambiental del país constituye una de las amenazas más importantes para la población iraquí. En particular, la destrucción y falta de inversiones en los sistemas de abastecimiento de agua y de saneamiento han aumentado los niveles de contaminación y los riesgos sanitarios. Los fallos en el suministro eléctrico paralizan las estaciones de bombeo, amenazando el abastecimiento de agua potable y el tratamiento de las aguas residuales.⁶

La destrucción de la infraestructura militar e industrial de Iraq durante los sucesivos conflictos ha liberado metales pesados y otras sustancias peligrosas a la atmósfera, a los suelos y a las aguas. El humo procedente de los incendios de los pozos y de las trincheras de petróleo durante la guerra, los saqueos y los sabotajes han provocado contaminación atmosférica y de los suelos localmente. Y la falta de inversiones en la industria petrolífera ha re-

ducido las labores de mantenimiento, aumentando el riesgo de fugas y de vertidos.⁷

Uno de los principales proyectos del régimen de Sadam Hussein —la desecación de las marismas de Mesopotamia y la construcción de canales artificiales— ha destruido algunas de las zonas más valiosas de Iraq en términos de biodiversidad. La contaminación de las aguas afecta no sólo a los ríos Éufrates y Tigris, sino que alcanza a toda la región del Golfo Pérsico.⁸

En Iraq, como en muchas otras situaciones posguerra, las cuestiones ambientales están estrechamente ligadas a necesidades humanitarias y de reconstrucción. Entre las prioridades cabe citar la recuperación del sistema de abastecimiento de aguas y de saneamiento, la descontaminación de puntos negros de contaminación, y medidas de acondicionamiento y de limpieza de vertederos para reducir el riesgo de enfermedades epidémicas debidas a los residuos urbanos y hospitalarios. Durante la Guerra del Golfo de 1991 y la Guerra de Iraq de 2003, se utilizó armamento con uranio empobrecido en varios lugares de Iraq. Los emplazamientos con este tipo de residuos militares deben ser evaluados y descontaminados para proteger a la población local.⁹

En todas las zonas en conflicto existen problemas ambientales crónicos, a largo plazo, así como problemas relacionados directamente con las acciones militares. Por otra parte, las evaluaciones ambientales posconflicto realizadas por el PNUMA demuestran claramente que a una crisis militar casi siempre le sucede una crisis ambiental.

En consecuencia, una de las lecciones clave es la necesidad de minimizar los riesgos para la salud y el medio ambiente durante los conflictos, con medidas preparatorias y de protección civil. Y, en el momento en que un conflicto termina, deberían llevarse a cabo evaluaciones y limpiezas adecuadas. El apoyo y capacitación de las autoridades ambientales existentes o recién nombradas es crucial para lograr la sostenibilidad a largo plazo. Y una vez que las armas callan, es preciso tener en cuenta la historia ambiental de la región para saber cómo regenerar su medio ambiente.

Por otra parte, una vez terminado el conflicto ha de procurarse comprometer de nuevo al país en iniciativas regionales e internacionales de cooperación ambiental —especialmente en lo que se refiere a recursos compartidos, como las aguas. En la primavera de 2004, las autoridades de Aguas y de Medio Ambiente de Iraq y de Irán debatieron por vez primera en 29 años los problemas de las Marismas de Mesopotamia, que comparten ambos países. Nuevamente, viejos enemigos se sentaban a la mesa de negociaciones para hablar de cuestiones ambientales. Además de mejorar la situación de los recursos, su gestión compartida puede contribuir de forma importante a mejorar la confianza entre gobiernos hostiles.¹⁰

Una forma importante de minimizar los riesgos ambientales y de salud es a través de normas más estrictas que limiten el uso de armamento y los posibles objetivos militares. Un buen ejemplo de las herramientas jurídicas que pueden utilizarse es la Convención sobre la Prohibición del Uso Militar o cualquier otro Uso Hostil de las Técnicas de Modificación Ambiental

(ENMOD), que prohíbe la utilización como arma de guerra de modificaciones artificiales del entorno —como inundaciones provocadas. Dado que se conocen las repercusiones ambientales negativas de los distintos tipos de armamento, y habida cuenta que existe suficiente evidencia de los riesgos para la población al considerar objetivo militar una instalación química, es necesario establecer una nueva normativa internacional en este sentido.¹¹

Añadir los costes ambientales a la larga lista de consecuencias negativas de los conflictos armados —víctimas, refugiados, pérdidas económicas— debería contribuir a aumentar el interés por las soluciones no violentas.

Pekka Haavisto
PNUMA, Unidad de Evaluación Posconflictos